

NADA NUEVO, NADA VIEJO

Por RICARDO ALONSO-MISOL

Ingeniero de Caminos.

El autor, que a su condición vocacional y profesional de Ingeniero de Caminos une un vivo y reflexivo interés por los problemas de estética y tectónica del Arte, colabora nuevamente en nuestra REVISTA con el segundo de una serie de artículos, en que analiza y pone de manifiesto varias de las conexiones que entre las dos vertientes de sus estudios — Ingeniería e Historia del Arte — pueden hacerse.

En la presente ocasión dirige su mirada a las culturas mediterráneas preclásicas en su aspecto constructivo, deteniendo minuciosamente su atención en el análisis de las formas integrantes de sus monumentos y estableciendo los enlaces que los ligan con las usadas actualmente.

De los tres capítulos en que divide su estudio, dedica el primero, en sencillas líneas que dan razón de ser del artículo en conjunto, a un ensayo original sobre la verticalidad como exponente de una faceta humana. El segundo da una visión certera, en apretada síntesis histórica, de los pueblos cuyas construcciones van a ser estudiadas; lo cual se realiza, precisamente, en el último y más extenso de los capítulos del presente trabajo.

Sumerios, egipcios, asirios, cretenses, aqueos, desfilan y cobran vida a través de las siguientes páginas, concebidas bajo el signo de la comprensión, y escritas con una terminología puramente ingenieril. Y ese, quizá, sea su mayor encanto: mostrar cómo también desde las trincheras de la técnica puede ser revivido el pasado. Porque, como al cabo concluye el autor, nada nuevo ni nada viejo hay bajo este cielo que nos alberga.

MOTIVOS

Es consubstancial con el hombre la voluntad de construir. Voluntad que, en algunos, llega a transformarse en necesidad imperiosa.

Desde los simples menhires a las actuales grandes obras de ingeniería, se ha recorrido un largo e interesante camino; pero en esto, como en todo, el hombre es y ha sido idéntico a sí mismo, y por ello, si analizamos las causas del esfuerzo realizado, llegamos siempre a una, única y fundamental:

El hombre ha construido para dar satisfacción más o menos consciente, a ese oscuro, pero avasallador deseo de inmortalidad que lleva en sí.

En orden a un análisis más detallado, puede decirse que toda construcción ha obedecido a una de estas tres razones: Creación de comodidad o seguridad, motivos religiosos o erección de monumentos. No hay más, y en el fondo no son más que tres facetas de la causa básica ya dicha, puesto que representan una lucha por la conservación de nuestro ser físico, nuestro ser espiritual o la memoria de nuestra existencia en la mente de otros hombres.

De nada vale alegar el simple deseo de creación de belleza, porque ésta carece realmente de valor si no existen otros seres capaces de admirarla. Resultaría indiscutible la anormalidad de un artista que crease sus obras para una exclusiva delectación personal. Tal hecho representa, psicológicamente, falta de confianza en sí mismo, total timidez o una diabólica soberbia.

Pero aun así, tal caso difícilmente podría darse dentro del tema a tratar, ya que las obras incluidas en él es imposible que se hubiesen mantenido ocultas en absoluto.

Porque vamos a hablar de Construcción.

Al observar en conjunto la obra del hombre, salta inmediatamente a la vista el ímpetu que desde un principio ha sentido hacia la verticalidad. Cuando erigia los obeliscos, el zigurat o un rascacielos, parece como si un ansia extraña le hubiese impulsado hacia la separación, tan grande como fuese posible, del plano de que discurría su vida normal.

Este hecho, aún poco estudiado, ofrece, sin embargo, un interés tan fascinante que justifica el tratar de hacer un análisis de sus posibles causas.

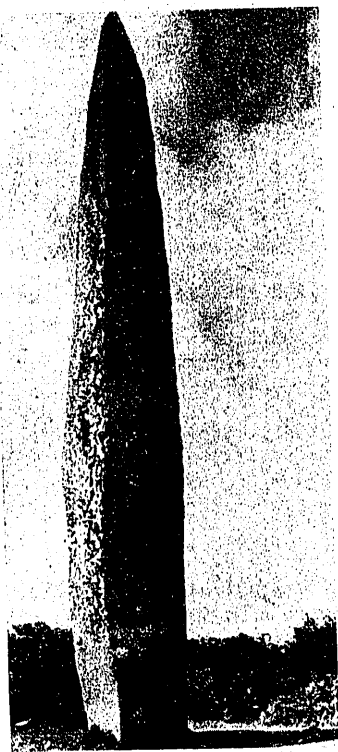
Del sentido religioso del hombre paleolítico sólo tenemos constancia del culto totémico a los animales que constituían su principal fuente de alimentación; immortalizados en las conocidas pinturas de las Cuevas de Altamira o de Lascaux; pero es absolutamente evidente que el sol debió representar para él algo de un interés sobrehumano, no sólo como fuente de luz, sino también de calor en las duras condiciones climatológicas en que tenía que desenvolverse.

Que en su rudeza le concediese o no un carácter conscientemente sobrenatural, es algo que de momento no nos interesa; pero lo que sí es indudable es que habría de percibir que aquel ente de carácter superior estaba situado materialmente *por encima* del mundo que habitaba.

Este germen hipotético, pero absolutamente lógi-

co, lo encontramos ya perfectamente desarrollado y con pruebas documentadas en el Neolítico.

Característico de este período es el menhir, cuya relación con un culto solar es cosa hoy día comúnmente admitida. El girar de la sombra del mismo a lo largo de las horas del día, unido a la cambiante longitud de ésta según las estaciones, debió constituir



Menhir de Kerlons (Altura: 11 m.).

un hecho casi místico para el hombre de la época.

Mucho más sugestivo todavía es el caso que nos brindan ciertas alineaciones de menhires, dispuestas de forma que, en el solsticio de verano, la fila de grandes monolitos está orientada hacia el punto de salida del sol.

Así, pues, es indudable que en el período Neolítico hallamos un indiscutible culto al Sol, el cual se hallaba físicamente *por encima* del mundo aparente del hombre.

Estos conceptos son aún confusos; pero al fijar nuestra atención en las ideas religiosas de la antigua Mesopotamia, encontramos algo ya verdaderamente concreto, y es que la divinidad tiene su punto de arranque en el cielo.

Es más: el ideograma que es leído *dingir* en sumerio e *ilu* en acadiobabilónico, y que constituyó el determinante del carácter divino de un nombre, viene representado por una estrella. Pero, además, este signo equivale en los silabarios a la palabra *cielo*. Si Anú es por excelencia el dios del cielo, no es menos

celeste el carácter de la tríada formada por Sin, Samas e Istar.

Los hititas adoraron al cielo, al Sol, la Luna y, lo que es más característico de su cultura, al rayo, la tempestad y la lluvia, aparte de otros dioses de carácter más espiritual, como la Justicia y la Verdad. Es interesante recordar el carácter indoeuropeo de este pueblo.

Es decir: también aquí encontramos vinculada la idea de la Divinidad con el cielo y con los fenómenos que tienen su origen real o aparente en él.

Respecto a los egipcios, es difícil sintetizar su complicada teogonía, ya que ésta tenía un carácter más bien local. Pero de entre todas las doctrinas, la que tal vez hubo de tener una mayor influencia en el alma de este pueblo fué la propia Heliópolis. Los teólogos de esta ciudad formularon un sistema según el cual no existía al principio otra cosa que una masa de agua en la que flotaban los gérmenes de todas las cosas. A este principio se le llamaba con el poético nombre de "el secreto de Nun", asimilando para el vulgo el concepto de Nun a una especie de dios padre de los dioses, pero reconociendo que su esencia verdadera equivalía al caos o a la nada.

En esta substancia abisal existía un espíritu indefinido llamado Atón, el cual siente la angustia del no existir (caso ciertamente paradójico), y que "desea fundar en su corazón todo cuanto existe".

Por un prodigioso esfuerzo de voluntad se *remon-ta* sobre las aguas e inmediatamente se desdobra en sí mismo y en Ra, el dios Sol.

A partir de este punto, la cosa se complica y cae fuera de nuestro objetivo.

Es decir: Que Atón, el protagonista en unión de Amenofis IV de la más formidable revolución religiosa de la antigüedad, llega a ser un propio dios creador en sí mismo del Sol.

En resumen: Que aparte de que nuevamente nos hallamos ante la idea de que el Sol representa a una divinidad, ya encontramos explícita y categórica una idea metafísica traducida en un acto material, y es que, cuando Atón adquiere el ser gracias a su formidable acto de voluntad, se *eleva* sobre el mundo existente.

Entre los chinos, cielo y Dios representan la misma cosa, y algo semejante viene a suceder incluso actualmente entre los pueblos nómadas de cultura primitiva.

La consecuencia de todo ello es inmediata: El dios, ser superior por excelencia, ocupa una posición en lo alto.

Así resulta que en la cima de las grandes montañas tienen su morada dioses, genios y demonios. Para los griegos, el monte Olimpo cumplía este fin, y ya en la Edad Moderna, tal vez el mayor esfuerzo que tuvo que realizar Jacques Balmat en su primera ascensión al Montblanc, fué el vencer el terror que provocaba tanto en él como en los habitantes de Chamonix la creencia en los seres maléficos que habitaban

en la cima de aquella ingente mole de roca y hielo.

Es tal la fuerza que esta idea ha llegado a tener en nuestro espíritu, que cualquier idioma está lleno de palabras y giros que los traducen fielmente. En el nuestro se dice que tal hombre es superior; del que progresa se afirma que se ha elevado sobre sus semejantes; del honrado y recto se dice que posee un alto sentido del deber; a los reyes se les da el tratamiento de Alteza, y así sucesivamente. Incluso la mayor estatura ha sido considerada como un signo de superioridad.

No es, pues, extraño, a la vista de lo expuesto, que el hombre, al intentar construir algo fuera de lo normal, algo que le destaque, lo haya hecho tendiendo hacia lo alto. Y es sintomático que precisamente ciertas culturas de fuerte espiritualidad hayan sido las que en su arte den un sentido más acentuado a esta tendencia.

Ahora bien: a esta primera causa, de raíz metafísica, es forzoso añadir otra más humana.

El hombre que intenta conseguir que perdure su memoria debe hacerlo luchando contra fuerzas que, al ser dominadas, demuestren su poder. Tales fuerzas es posible que radiquen en la simple dificultad de crear un conjunto armonioso, pero tal cosa, más propia del hombre de espíritu sutil, refinado y un poco decadente, no constituye una idea dominante en aquel que no se encuentra dentro de condiciones tan particulares.

Lo natural es dominear las fuerzas elementales, y de ellas ninguna tan implacable como la de la gravedad. Crear formas que parezcan burlarla ha sido, y es, denominador común de la obra del hombre que construye.

LUGAR, TIEMPO Y PERSONA

Siendo el hombre el protagonista de sus obras, es justo y conveniente que hagamos una síntesis del escenario y circunstancia en que tuvo lugar aquello de que vamos a tratar.

Ante todo debemos hacer constar que nos ceñiremos a un período determinado que, con cierta libertad, abarca lo construido hasta el anuncio de la denominada antigüedad clásica.

Dejando a un lado el período prehistórico, del cual sólo ofrece interés a nuestro tema la llamada cultura dolménica y el sistema que da origen al palafito, nos hallamos con que a fines del quinto milenio a. J., tenemos referencias escritas de la existencia de dos incipientes pero pujantes focos de cultura: el primero tenía su emplazamiento en la baja Mesopotamia, y el segundo, en el valle del Nilo.

Así, pues, hacia 4000 a. J. encontramos establecido en el primer punto citado un pueblo de raza turania, que al parecer había emigrado del Asia central al terminar el último período glacial. Este pueblo, denominado Sumerio, no era el único en Mesopotamia, pero sí el primero que alcanzó una organización como

tal. A él se unía, más hacia el Norte, otro de raza semita, al que se le ha denominado Acadio, el cual parece haber llegado a Mesopotamia, o Sinear en su lengua, en fecha posterior a la de los sumerios y procedente del país de los amorreos; es decir, del "Creciente Fértil". Las diferencias físicas entre ambos pueblos son extraordinariamente marcadas, pues en tanto que los acadios eran esbeltos y llevaban cabellos y barba sin recortar, los sumerios tenían una complexión rechoncha y de gran solidez, con la cara y el cráneo completamente rapados.

Contrastan a su vez estos tipos con el de los habitantes del valle del Nilo, ya que los egipcios, pueblo normalmente considerado como camita, nos muestran el caso curioso de una inmensa energía espiritual encerrada en cuerpos de miembros de apariencia delicada. En la estatuaria oficial que produjeron, hallamos a veces una impresión de fuerza incluso brutal, pero en la de carácter particular, o mejor aún, en los relieves o pinturas, este carácter paradójico está claramente visible.

Al NE. del Sinear se hallaba el Elam, país montañoso habitado por una raza musculosa de gran talla, de la cual existe certeza de que no era semita.

En la parte superior de Mesopotamia y como resultado de la fusión, a lo largo del tiempo, de distintos pueblos semitas, habrían de surgir los asirios, el más belicoso pueblo de la antigüedad.

La zona oriental del Asia Menor, concretamente la meseta de Capadocia, fué el lugar en que se asentó, hacia 2400 a. J. un pueblo indoeuropeo, cuyo conocimiento es de plena actualidad: los hititas. De cuerpo membrudo, espíritu valeroso y sagaz en política, conocieron y utilizaron el hierro antes que cualquiera de sus vecinos. Su emigración es contemporánea de la cuarta dinastía egipcia.

Entre éstos y los asirios se hallaba un pueblo ario procedente de las orillas del mar Caspio y que emigró de ellas hacia el 2000 a. J.; los mitani, primeros domadores de caballos. Su llegada coincide con la duodécima dinastía egipcia.

Finalmente, habitaba Creta un interesante pueblo, al que inicialmente denominaremos eggeo o cretense.

Es conveniente advertir que estos pueblos desarrollan su cultura mucho más lentamente que los citados en primer lugar; es decir, que el egipcio y el sumerio-acadio, y no todos ofrecen interés desde nuestro punto de vista particular.

Así, por ejemplo: los asirios comienzan a actuar como reino independiente hacia 1300 a. J., iniciando en 1125 a. J. y bajo el reinado de Tiglat-Pileser I, su política de conquistas y de grandes construcciones.

De acuerdo con Evans, podemos situar la primera cultura cretense en el calcolítico, hacia 3000 a. J., pero es preciso esperar al comienzo del denominado por él Minoico antiguo en 2400 a. J., y ya en la Edad del Bronce, para que dicha cultura presente características que puedan interesarnos.

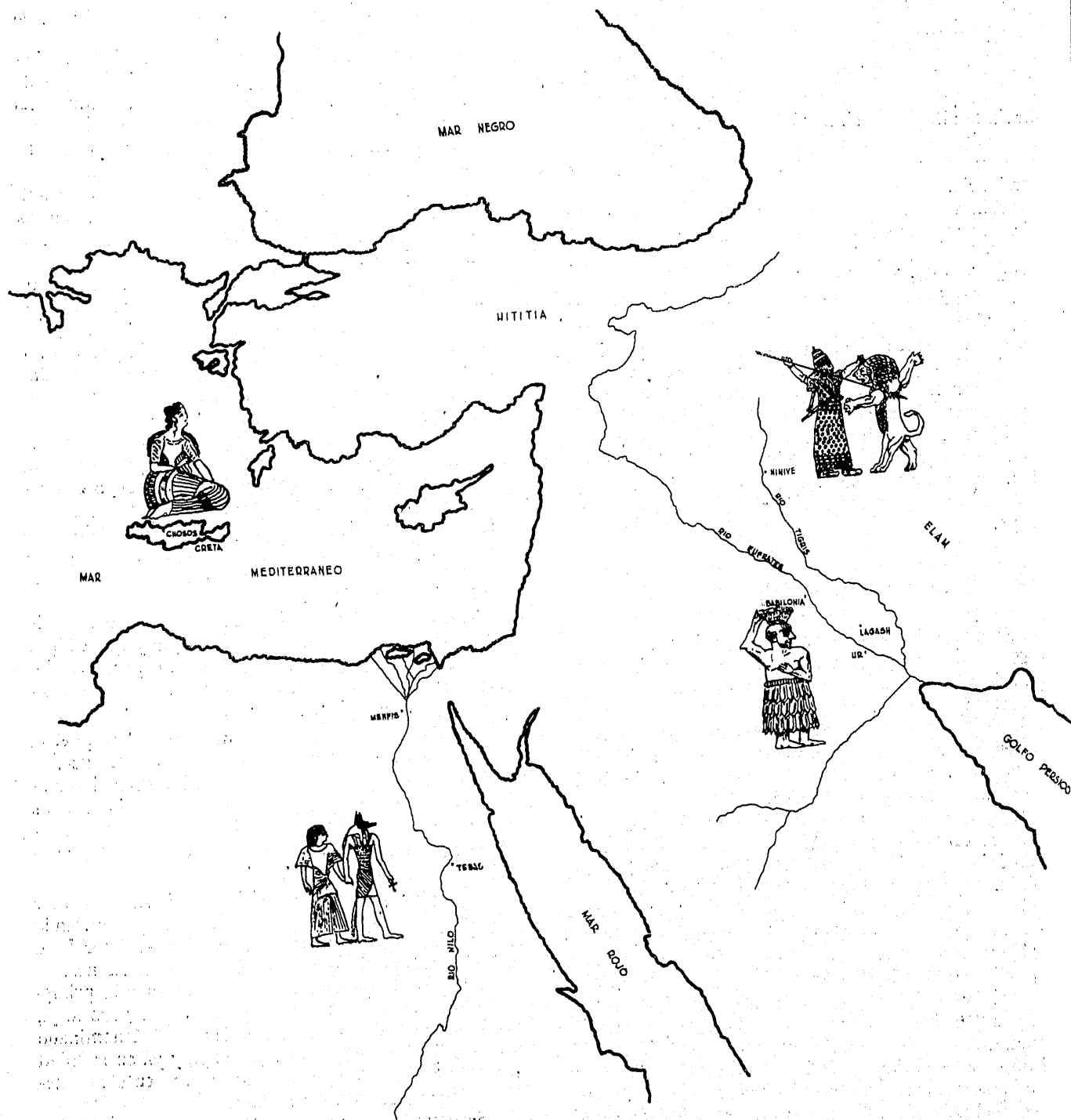
Se comprende que cae fuera de nuestro objetivo

el detallar las vicisitudes de la Historia de todos estos pueblos, pero sí es de interés el fijarnos en aquellos pasajes de la misma que puedan servir de base a aquél, así como para dar razón de los contactos que pudieron originar corrientes transmisoras de los tipos constructivos creados por cada uno de ellos.

Enfocando la cuestión desde este punto de vista,

surge la conveniencia de realizar, en especial, una síntesis de dos facetas de este conjunto histórico. La primera se refiere al complejo Sumer-Acad y la segunda al pueblo cretense.

Inmutable en sus líneas básicas, aunque como es lógico influyente e influida, discurre a todo lo largo de la época que tratamos la civilización egipcia. Pare-



ce como si la tremenda fuerza interior de este pueblo le hubiese bastado para no tomar de prestado ninguna de las formas que utilizaba, sino por el contrario, crearlas y recrearlas con un asombroso sentido tradicional.

Según ya dijimos, el sur de Mesopotamia estaba ocupado por el pueblo sumerio. La organización de este pueblo era del tipo ciudad-estado, con luchas frecuentes entre sí y cambio de hegemonía. Puede, sin embargo, considerarse a los sumerios como un pueblo pacífico, agrícola, amante de las artes e infatigable constructor.

Poseemos documentos en los que se enumeran sus reyes antediluvianos, si bien en ellos se les concede una disparatada longevidad. Sin embargo, si admitimos, como hoy día es usual, que cada uno de sus reyes representa un período, nos encontramos con el resultado de que los 465.000 años de su cronología concuerdan extrañadamente con los 500.000 que la moderna Antropología admite como período de existencia del hombre sobre la tierra.

El Diluvio es fechado hacia el 4000 a. J.

De entre las ciudades sumerias destaca, por su interés, la de Ur, patria de Abraham. Precisamente en esta ciudad descubrió Hall la primera referencia a la construcción, hacia 3500 a. J. y por el segundo rey postdiluviano, de un templo a las afueras y un canal que le unía con la ciudad y del que aún quedan restos. Dicha inscripción dice así: "Anipadá, rey de Ur, hijo de Mesanipadá, rey de Ur, construyó este templo para la diosa Nin-Kursag."

La historia autónoma del pueblo sumerio constituye, según ya hemos dicho, una serie de cambios en la hegemonía de una ciudad sobre las restantes o de luchas para mantener seguras las fronteras con sus peligrosos vecinos: los elamitas. Pero es importantísimo hacer constar que las inscripciones que nos han legado tratan tanto o más que de estas luchas, de los trabajos de arquitectura o ingeniería que cada uno de sus reyes realizó.

Así, Ur-Nina, de Lagash, se nos aparece como decidido constructor, e incluso su nieto Ennatun, guerrero y conquistador, se jacta al final de su reinado de no haber descuidado este aspecto de su misión.

Sin embargo, la figura más interesante de la historia Sumeria tal vez sea Gudea. Citarle nos obliga a una pequeña digresión.

El continuo contacto del pueblo sumerio con el desorganizado acadio, concluyó por dar una relativa unidad a éste, de forma que hacia 2650 a. J. surge entre los semitas de Acad la gran figura de Sargón de Agadé, el cual logra por la fuerza de las armas la primera fusión política de ambos pueblos.

Esta conquista fué decisiva, pues con ella la asimilación de la cultura sumeria por parte de los acadios fué mucho más rápida, llegando esta asimilación a tal extremo que, salvo contadas excepciones, todo lo que este pueblo produciría en Mesopotamia, inclu-

so lo asirio, no había de ser más que una consecuencia de lo creado por Sumer.

El período de dominio de Acad es relativamente breve.

Las ciudades sumerias consiguen recuperar su independencia, pero hacia 2430 a. J. se produce la invasión de los Guti o guteos, pueblo montaños y salvaje, que consigue dominar Mesopotamia, imponiéndose en ella por más de un siglo.

Esta gran oleada recuerda la de los Hiksos, producida siglos después en Egipto, pero a diferencia de ella, parece ser que las ciudades sumerias gozaron de una relativa independencia, gobernándose por los llamados Patesis o príncipes-sacerdotes. Uno de éstos fué precisamente Gudea.

Hacia 2300, Utuchegal, proclamado rey de Uruk, logra expulsar a los guti, y el pueblo sumerio se independiza de nuevo.

A esta época (2250 a. J.) corresponde la tercera dinastía de Ur. Ur-Namú, su cabeza, fué el promotor de las más grandes empresas sumerias de construcción.

Babilonia se ha transformado en la más importante ciudad comercial de la antigüedad.

A partir de este momento comienza a declinar el pueblo sumerio, el cual parece haber dado todo aquello de que era capaz, y en tiempos del rey Ibi-Sin, los elamitas, su verdadero y encarnizado enemigo, lo invade, somete y desarticula como ente autónomo.

Es precisamente un semita, Hammurabí, quien alrededor de 1950 a. J. consigue derrotar y expulsar a los elamitas. Unifica el país, establece su famoso Código y fija la capital en Babilonia, pero una vez muerto su obra se va disgregando poco a poco, hasta que en 1758 los hititas arrasan esta ciudad.

Babilonia no habría de recuperar su poderío hasta cerca de mil años más tarde, bajo Nabucodonosor II, cuando las crueles conquistas de Asiria no eran más que un estremecedor recuerdo y Sinsarriskun, su último rey, antes de caer prisionero, se había hecho quemar vivo en su trono rodeado de sus esposas y riquezas, mientras Nínive se hundía bajo el empuje de los caldeos.

La aportación de los sumerios a la cultura es fabulosa. Ellos fueron los inventores de la escritura cuneiforme, la cual fué, hasta 1200 a. J., en que se inventó el alfabeto fenicio, el más activo instrumento internacional de transmisión de ideas.

Su sistema de numeración era el de base seis y existe constancia de que sabían realizar operaciones de suma, resta, multiplicación y división, e incluso, tal vez, potenciación y extracción de raíces.

Posiblemente tal sistema estuvo íntimamente relacionado con las observaciones de tipo astronómico. En efecto, el año equivale, aproximadamente a doce ciclos lunares, es decir, el doble de la base del sistema de numeración. De aquí la división de la eclíptica en doce partes o signos del Zodíaco. En los equinoccios el giro de la bóveda celeste es completo en un día, lo

cual sugirió la división de éste en doce dobles horas.

Asimismo se ve la influencia que el número 6 tuvo en la división de un círculo en 360 partes, división que aún subsiste.

El tiempo se medía por medio de un tipo determinado de clepsidra. El agua, que en él correspondía a una doble hora, servía para establecer la unidad de peso, llamada mina.



"La Parisina". Fragmento de un fresco procedente de Cnosos.

Habían llegado asimismo a un sistema para medir longitudes, basado en la llamada doble vara. Estudiando los planos de las estatuas sedentes de Gudea, se ha podido llegar a la conclusión de que la doble vara equivale, aproximadamente, a 993 mm., resultando sorprendente que hace que nuestro metro tenga un lejano parentesco con la vieja unidad sumeria. Para las distancias utilizaban la "doble hora", basada en la observación de que un hombre normal, cuyo paso equivale a tres cuartos de doble vara, puede considerarse que caminando con viveza, da dos pasos en un segundo, lo cual equivale a 360 dobles varas en cuatro minutos, o sea, en la 360 ava parte del día. Esta medida equivale a 11.800 dobles varas y mide, en consecuencia, alrededor de 10.000 m. No cabe extrañarse ante tal concepto, ya que el medir distancias por horas es práctica que aún subsiste entre nosotros.

Para terminar, añadiremos que los sumerios supieron levantar planos coordenados, así como superficial triángulos, cuadrados, trapecios y, como con-

secuencia lógica, polígonos irregulares, utilizando para ello figuras auxiliares.

Su aportación al arte de la construcción será tratada más adelante.

Hablar del pueblo cretense es hablar de su cultura, pues si bien es cierto que sobre ella poseemos abundantes datos documentados, no conocemos de su historia otra cosa que las líneas generales. Es de candente actualidad el desciframiento de uno de los tipos cretenses de escritura (el denominado lineal B), pero hasta ahora nada aporta el resultado, ya que lo traducido parece referirse a un simple inventario.

Tampoco sabemos nada cierto sobre la rama a que pertenecía, si bien por su localización, dolicocefalia, talla corta y cabellos y piel morena, se acostumbra a clasificarlos en la vaga denominación de "mediterráneos"; es decir, en la misma que incluye a pueblos de origen tan oscuro como los iberos y los ligures.

Sin embargo, los frescos que han llegado hasta nosotros nos permiten conocer con todo lujo de detalles el tipo físico dominante. Se trata de seres de miembros esbeltos, ágiles y nerviosos. Las mujeres dan la sensación de una rara y picante belleza.

Estos frescos revelan asimismo gran refinamiento y un intenso amor a la naturaleza.

El favorable emplazamiento de este pueblo determinó su carácter eminentemente comerciante y marino. Por otra parte aprendió muy pronto la obtención y manufactura del bronce, y en tal rama llegó a convertirse en una primera potencia industrial.

No es de extrañar, por tanto, que superado el período de agrupaciones patriarcales, de las cuales dan fe las excavaciones de Chamaizi, llegasen a extender su esfera de influencia directa, no sólo a las islas del Egeo, sino a la costa occidental del Asia Menor y a la península helénica, al mismo tiempo que mantenían un intenso comercio con sus otros contemporáneos, especialmente con Egipto.

Sobre el año 2000 a. J., es decir, en el momento en que se producen las grandes emigraciones arias, encontramos ya huellas ciertas de una gran prosperidad, reflejada en los llamados primeros palacios de Cnosos, Phaistos, Malia y Tilisos.

Ahora bien: formando parte de la oleada general de los pueblos arios, entran en la historia los aqueos, y el imperio comercial cretense sufre una primera sacudida, ya que aquéllos conquistan la Hélade y se establecen en ella.

Sin embargo, el pueblo aqueo, guerrero, pero de fina intuición, tuvo la sabiduría de asimilar la cultura cretense y aun de influir en ella, como demuestra la infiltración hacia el Sur de la denominada cerámica "de minio". No obstante, los aqueos mantuvieron intactos ciertos aspectos tradicionales de su civilización, como por ejemplo, la característica forma constructiva denominada megarón, germen del que había de nacer el templo griego.

Así quedó establecida una situación de equilibrio, pero hacia 1750 a. J. y sin razón aparente, se produce en Creta una inmensa conmoción que arrasa los primeros palacios de Cnosos, Phaistos, Malia y Tilisos.

Sólo cabe la explicación de una feroz guerra civil que diese entrada a nuevas dinastías más activas si cabe que las anteriores, ya que cincuenta años más tarde encontramos en Cnosos, Phaistos, Hagia-Triada, etc., nuevos palacios aún más bellos y lujosos que los primitivos. Este es el período de máximo esplendor de la civilización cretense, a pesar de que el comienzo del mismo coincide con la invasión de Egipto por los Hiksos, y como consecuencia, con la suspensión del intenso comercio que existía entre ambos pueblos.

El punto culminante de este período puede fecharse en 1580 a. J., fecha en que el faraón Ahmosis consigue la independencia de su país, funda la décimo-octava dinastía y reanuda las relaciones dichas.

Ahora bien, el cierre de Egipto como mercado trajo como consecuencia la intensificación del comercio con los aqueos, quienes habían aprendido el cultivo del olivo y de la vid, al mismo tiempo que asimilaban con rapidez los modos y usos de los cretenses.

De esta época son los primeros palacios-castillo de Micenas y Tirinto, en la Argólida.

La talasocracia cretense no supo comprender el peligro que entrañaba el que los aqueos se hiciesen maestros en el arte de navegar. El aviso debió dársele el hecho de que los reyes de Micenas se relacionasen por medio de embajadas directas con Amenofis II, en el último tercio del siglo XV a. J.

El caso fué que en 1400 a. J. los aqueos invadieron Creta, y en un golpe rapidísimo y brutal incendiaron Cnosos y arruinaron todo el reino en el breve plazo de unas horas.

Así Creta pasó de metrópoli a dependencia del

continente. Renacieron las ciudades, pero de modo mediocre, ya que el centro de gravedad de la civilización creto-micénica se había desplazado a la Argólida, donde los palacios-castillo de Micenas y Tirinto se amplían en plan gigantesco.

La Hélade de esta época es la contemporánea de Troya VI; es decir, la de la Ilíada.

Los aqueos, raza eminentemente aventurera, adquieren a partir de este momento vida propia, que dió piratas o comerciantes, según las ocasiones, y en todo momento guerreros de verdadero empuje, que intervenían en asuntos que en nada directo les afectaba. Basta decir que un cierto número de ellos participó, al lado del rey hitita Muwatilis, en la incierta y discutida batalla de Kadesh, reñida en 1296 con Ramsés II.

Es más, en 1229 los "pueblos del mar", aliados con los libios, atacaron al propio Egipto, si bien fueron derrotados en Piriú.

Mientras tanto había comenzado en la Hélade la penetración lenta de un pueblo procedente de Iliria, de la misma raza que los aqueos y cuya lengua tenía asimismo las mismas raíces.

En 1200 a. J. este infiltrarse se convirtió en un feroz alud.

Fué algo salvaje y frenético. Las tribus invasoras arrasaron todo a su paso, rompiendo de modo definitivo el fluir de la civilización creto-micénica.

Sólo lograron salvarse los que tuvieron tiempo de huir y ganar por la fuerza de las armas una nueva patria. Este fué el caso de ciertas ramas de cretenses y teucrios, los pelesati, que atajados por Ramsés III, lograron afincarse en Palestina, a la que dan nombre.

De este modo trágico sucumbe la bella civilización egea, civilización del bronce, ante el empuje de la nueva era del hierro.

Fué la semilla fecunda de la cultura griega, y esto es más que suficiente.